

ANTOLOGÍAS HOMENAJE A ANDERSEN



TOMO 9 RECUERDOS A – L

MARIÉ ROJAS TAMAYO

Portada: Rafael Paneca Suárez, 10 años, Cuba

ALTO VERDE



No eran tiempos de galeones, la ciudad había hecho dunas el recuerdo de los conquistadores. Y en los hilos más olvidados de la trama de la vida estaba la historia de papá y su elenco de amigos delirantes, el imprentero que soñaba teñir Dólares falsos con mate cocido, el técnico con aires de científico buscador del movimiento continuo; y los locos moderados profesionales con máculas como El Duque, escribano esgrimista que gustaba recitar acompañado al piano por su madre. Y Don Rossica, Chef de Hotel Internacional con ansias de aventura.

Fue en una siesta de esas, mi padre apareció eufórico.

(Mamá)-¿Qué pasa, Pepe?

- Después les cuento, vine a cargar unas palas y linternas, tengo al viejo Rossica esperando en el auto.
- Cruzó el Puente Colgante, rodeó la fuente de los sapitos, sobreviviente del Parque Oroño, un caminito se dibujaba torpemente.
- ¿Es acá, Don Rossica?
- Ma' no, dopo il ponte Palito.

Alto Verde, una picardía de la naturaleza, la vegetación nacida de la arena dragada, un ramito de arcilla florecido. Los ranchos de barro y paja embanderados por telas sabaleras. El reflejo plateado del río luminoso. Pasaron el centro del pueblo, Villa Sarampión, por la calle principal; peatonal a fuerza de borrachos los fines de semana, se tejían malevos a cuchillo con cabecitas rubias de niños clandestinos de marineros lejanos. Familias enteras paseando, algunos de a caballo. La guitarra de misioneros y monjas buscando a Dios en la isla. Y en los pasajes, carteles de ortografía dudosa: "SE VENDE CARVON"; "KEROTEN"; "COPETIN AL PASO".

La Iglesia, la escuela, la lomita donde se bifurca el camino entre el nuevo, ese que cada año lleva el río, y el viejo, donde perdido entre los árboles de un rancho, una morena recibe a su amante.

Finalmente, tras un jardín de salvias y paicos, más nido que morada cristiana, los esperó el rancho de Don Rossica: las paredes formadas de hileras de latas de aceite y cemento, piso de parquet de cajón de manzanas, y la hamaca colgada del techo con mosquitero.

- Este es mi palazzette, peppe, usted tiene que tener una casita, io le consiguio il terreno.

Al poco tiempo papá compró una lomita, segura contra las inundaciones, según cuentan allí se levantaba un rancho incendiado en un ajuste de cuentas. Primero los cimientos. Al estar las cuatro paredes levantadas, lo llamábamos pretenciosamente "casa". Íbamos todos los Domingos en el Fiat 600 que hacía de transporte de ladrillos. Papá bajaba primero con botas y revisaba el lugar por si las víboras, plantábamos una sombrilla por carecer aún de techo y despuntábamos el vicio dominguero; tortafritas y matecocidos, pesca con boguero para los más chicos y huerta.

Del jardín me encargué en gran parte. Respeté el pisingallo que sirviera de alimento a las gallinas que sin ser nuestras merodeaban la zona. Paraísos, sauces de la costa, aromitos.

Los plantines de frutillas, naranjos, rosales, desaparecían apenas crecidos. Al tiempo descubrimos que los robaban.

Lo techamos con un poste gigante de palmera olvidado por la Municipalidad después de los corsos; y las chapas salieron del corralón de Don Juan, donde mis hermanos canjeaban ollas viejas por imanes y yo conseguiera mi primer libro antiguo donde estampas del noveciento contaban la caída de Babilonia, desde zapatos ortopédicos usados hasta reliquias de la Segunda Guerra podíamos hallar en lo de Don Juan. Mi memoria se llevó su rostro, pero el olor a hierros oxidados y maderas persistió. Muebles de toda clase, incluyendo una mesita pescada en la costanera y restaurada, completaron la casita. Era como vivir en dos mundos al cruzar el puente. Conocí personas eclipsadas por la ciudad, la canoa como vida.

Por unas horas entendíamos su soledad. Don Pedro el vecino pescaba, hablaba y hasta hacía el amor borracho. Con cinco hijos, uno preso y los demás volados como pájaros espantados por el sonido gangoso de su voz que coronaba todo con un "sabe cómo lo quiero..." y estiraba un abrazo sin respuesta. Nos internábamos en el monte para comprarle quesos a Doña Victorina. Era mulata, nieta de una esclava uruguaya fugada en el 1800. Como templo perdido en la selva, su rancho desafiaba todas las leyes del desamparo sin luces de ciudad, ni agua corriente. Doña Victorina mostraba su sonrisa de nubes a sus ocasionales visitantes.

¿Y Juancito? Éramos niños, pero jamás lo vi jugar, recorría el espinel con la canoa, siempre trabajando parco. Nos encontrábamos en la costa cuando el monte se traga al sol, el río se esconde en la oscuridad y la Luna resuena en el golpetear de los remos. Ambos juntábamos aparejos, sillones, cañas para guardar en el rancho. A Juan lo esperaba el río del amanecer. A mí, la escuela citadina.

Regresábamos cansados con los vidrios subidos del auto para evitar la humadera que prendían en casi todas las casas con la esperanza de espantar las nubes de mosquitos. El camino arenoso donde los faros sorprendían miradas, y el croar de las ranas que nos acompañaba hasta la fuente de los sapitos. Cruzábamos el

puente colgante y el bulevar con sus bares repletos y luces nos devolvían a la historia de la ciudad.

Adriana Castellà de Funes

Argentina

adbecast@yahoo.com.ar

Ilustración: Amanda Álvarez Santana, 5 años

Taller de Artes Plásticas: "CORAZON"

Municipio: Regla.

Asesora: Zomnia Miranda

nolberto@uermp.cu

RELIGIÓN CX

Mi hijo Pablo no había recibido instrucción religiosa, pero una Navidad, a los 9 años, preguntó qué era la religión católica y le expliqué que había 10 mandamientos etc...

- Ah, ¿sí? – me dijo - entonces voy a hacer una religión.
Tomó un papel y escribió esto "para que fuera puesto en el árbol de Navidad".
Conservo el original.



RELIGION C X

SE BASA EN CREER EN UN DIOS.
SE TRATA DE UNA RELIGION MODERNA
AUNQUE TAMBIEN TIENE SUS COSAS.
LAS IGLESIAS DEBEN SER ALTAS Y
ANGOSTAS.
TAMBIEN HAY 10 MANDAMIENTOS
BASICOS.
1.TENER ALEGRIA.
2. SER DIVERTIDO Y NO SER TRISTE.
3. TENER FE SOBRE TODAS LAS COSAS.
4. DAR.
5. NO CEERSE EL MEJOR.
6. NO ROBAR NI MATAR.

7. ESTUDIAR.
8. NO TENER ESCLAVOS.
9. NO CREER QUE POR CREER EN UNA RELIGION UNO DEBE DEJAR
QUE LO MANDEN.
O SEA: UNO DEBE SER INDEPENDIENTE.
10. SER BUENO Y HACER QUE LAS OTRAS PERSONAS TAMBIEN
SEAN BUENAS.
LAS IGLESIAS DEBERAN TENER COLEGIOS GRATIS PARA LOS
POBRES.

Pablo Wahnnon (en 1977, a los 9 años)
Enviado por su madre: Amarilis Cortabarría
ARGENTINA
amariliscarrie@hotmail.com

Ilustración: Carolina Fernández-Vega Charadán
10 años, CUBA, Escuela Alejandro García Caturla
carichao@cubarte.cult.cu

Testimonio de mi infancia



"Eras un dolor de cabeza", mi madre me dice.

En realidad la pequeña Anita que muchos años antes gobernaba mi cuerpo, ahora no me había dejado muchos recuerdos de los cuales regocijarme o sentirme orgullosa.

Poco recordaba de mi infancia inquieta y pasada a excepción del hecho de estar siempre llorando: "Ah... sí, llorabas todo el tiempo", es el comentario compartido por toda la familia.

Y bien, imagino que entre llanto y llanto, Anita debe haber sido terrible, por lo tanto comencé un arduo trabajo de recopilación para conocer mis diabluras. Encontré muchas.

Tachando de mi lista los daños causados a mi hermano menor, que reflexionando, es milagroso que halla sobrevivido a mi después de haberle dado para comer NAFTALINA como pastillitas de menta, bañarlo con KEROSENE en vez de agua tibia y haberlo pasado por arriba unas tres veces con mi super bicicleta rosa que tenía cuatro rueditas; por mencionar lo menos trágico y peligroso dentro de la gran fila de etcéteras que se acumulan en mi papel; puedo asegurar que no parezco tan mala.

Tengo que reconocer que ambos éramos muy unidos puesto que estábamos siempre juntos, razón por la cual muchas de mis travesuras también son las suyas, aunque claro está que él al ser el más pequeño llevaba las de perder, como aquel día en la casa de nuestra amiga y vecina Paula.

La casa de Paula tenía un patio enorme. Todos los días mi hermano y yo, y ella y sus hermanos, nos reuníamos en nuestra "casita" del árbol secreta ubicada justamente en su patio. Aquel proyecto de vivienda era guarida de ladrones, estación de policías, bomberos o enfermería según el juego de turno.

Y bien, un día nuestro sitio se vio usurpado por unos huéspedes poco amistosos y que no nos causaban ninguna gracia: ellas eran las "Señoras Avispas". Sin permiso hicieron de "nuestra" casita, "su" casita despertando nuestros celos y enojo. Fue el principio de una guerra.

Diseñamos un plan minucioso para expulsarlas. Tomamos una caña vieja con la cual le hicimos un agujero a su panal que cayó al piso. Con tal acto ellas también se ofendieron y salieron tras del polvo que dejó nuestra corrida.

Ahora viene lo trágico; porque a mi hermano no se le ocurrió mejor idea que esconderse detrás de una planta de higos, muy mal lugar por cierto. Él peleó una batalla contra las avispas puño a puño. El final de este episodio se describe más o menos así: mi hermano terminó en el doctor con un sin fin de picaduras y yo sin permiso de salir de mi casa por una semana cosa que no fue lo peor, porque

además aquellos huéspedes poco deseados volvieron a su panal todo roto y vivieron en el piso hasta que los grandes lo quemaron.

Nuestra "casita secreta" dejó de serlo.

Muy bien, olvidemos a mi hermano por un momento y volvamos a mi lista.

Quitando todo aquello que antes mencioné tengo un par de anécdotas muy graciosas las cuales no terminan en mi llanto. Entre ellas he elegido ésta:

Cuando era pequeña, al lado de mi casa había un terreno baldío que era habitado



por ratones. Mi mamá desesperada buscaba una solución para el problema más grave de todos el cual era, que los ratones se comían los cables de los autos que estaban en el garaje de mi casa.

Consultando a uno y a otro llegó a la conclusión que lo mejor era poner un veneno muy efectivo que venía en forma de cuadraditos sólidos y que al ser consumidos por estos dañinos animalitos les provocaba un sueño profundo y eterno.

Mi mamá colocaba todas las noches los deliciosos cuadraditos en un plato en el garaje de mi casa y cada mañana quitaba los restos que quedaban del mismo.

Lo no previsto fue que un día fui yo la primera en levantarme.

Cuando mi mamá se despertó encontró el plato vacío y a mi muy sonriente a su lado.

Ante la pregunta "Anita ¿Dónde está lo que había en ese plato?", mi respuesta fue: "Rico mami, lo comí". ¿Y a dónde fuimos?....

Sí, al doctor que en realidad no me tuvo que atender a mí que misteriosamente me reía todo el tiempo, sino a mi mamá que tenía una crisis de nervios.

¿Cómo termina esta historia? Así: nunca nadie supo con certeza si realmente había comido los "ricos cuadraditos del plato", pero lo que sí resulta una afirmación probable, es el hecho de decir que durante muchos años convivimos con ratones en el garaje de mi casa y que nuestros autos terminaban en el taller por "ausencia de cables".

Ahora entiendo porque al hablar de mi infancia me dicen "eras un dolor de cabeza"

Ana Teresa Vignati

Buenos Aires, Argentina

laodeasa@hotmail.com

Ilustración: Rosa María Hernández

México

vinyamata@prodigy.net.mx

Anécdota



Hoy soy una adolescente, aunque mi familia me considere todavía una niña. Por lo tanto me considero dichosa, no me puedo quejar de mi infancia que, gracias a mis seres queridos, resaltando a mi mamá, me han criado en un hogar lleno de amor y estabilidad emocional. Y como todo niño en su infancia, también tengo mis anécdotas y contaré una que se ha hecho muy popular en la familia y

amigos cercanos a mis padres por lo divertida e inocente.

“En unos de los tan calurosos fines de semana que existe en nuestra isla, mi papá me invitó a ir a la playa Santa María con unos amigos suyos. Por desgracia, mi mamá no se encontraba, por estar de viaje, pero la tuvimos presente todo el tiempo.

Ya en la playa, mi papá buscaba un lugar para estacionar el carro y yo divisé un espacio y le dije: - Papi, aquel lugar está vacío. ¿Por qué no estacionas allí?

Él muy tranquilo me respondió: - No Ari, es que esa zona es de los homosexuales.

- Y papá – pregunté muy interesada – ¿qué significa homosexual?.

Todo quedó en silencio. Lo único que se oía era el viento y el ruido de los carros. Todos se miraron. Por la cara de mi papá, él quería que la tierra se lo tragara. Yo con 7 añitos y mi pobre papá sin saber que decir. Pero ya lo había resuelto todo para que no le hiciera más preguntas sobre el tema y decidió salir de mí respondiendo:

- Homosexuales son personas que trabajan mucho.

Ya aliviado, siguió manejando, pero como niña al fin le digo:

- Entonces papá ¿“tú eres homosexual”?

Ariadna Zerquera de la Rosa

13 años

Cuba

ariadnaz1991@yahoo.es

Ilustración: Juan Pablo Madrazo

6 años, Escuela Tomás Romay, Cuba

ideasz@jovenclub.cu

HOJAS DE COLECCIÓN



En los días de vacaciones que pasaba en la Sierra de Guadarrama, acostumbraba salir con un reducido grupo de amigos, que habíamos coincidido en el gusto de coleccionar cosas. En el mundo de las colecciones todos fuimos iniciados por José, quien vivía con su madre en una casona situada en las inmediaciones del Colegio Público San Miguel Arcángel.

José tenía un gran cuaderno con hojas de árboles de distintos colores, tamaños, formas y olores. Antes de hacer parte de su precioso cuaderno, cada hoja era revisada meticulosamente y comparada con las otras que ya hacían parte de su colección. Una vez pasaba con buena nota los altos estándares de calidad impuestos, podía llegar a ser parte del cuaderno; allí se anotaba el dónde, el cómo y el con quién se había logrado encontrar la hoja, ahora convertida en pieza de colección.

Gustavo y yo estábamos fascinados con el pasatiempo de José y queríamos aparecer en su libro como protagonistas del hallazgo de sus mejores hojas; por eso cada vez que podíamos, salíamos en expedición hacia el Regajo de los Mares, los Arroyos del Valle, de la Alameda, de la Mina ó de la Renga; en búsqueda de la que sería la mejor hoja del día; pues esa hoja tendría una alta probabilidad de hacer parte del cuaderno y por supuesto esto nos llevaría a ver nuestros nombres atados a la historia.

Un domingo, Frascuelo, el reloj de la torre del Ayuntamiento, cantó las doce. Nosotros decidimos salir a buscar hojas y un niño recién llegado a Moralzarzal; quiso acompañarnos, aunque no fue bien recibido por Gustavo. José accedió de inmediato a invitarlo, así que accedimos a regañadientes.

Una vez llegamos al sitio elegido, se le explicó al principiante en qué consistía la delicada tarea y nos repartimos por todo el lugar para tratar de encontrar la mejor hoja para la colección. Todo lo mirábamos con atención, vimos en suelo, hojas, piedras, ramas, hormigas, diversos objetos y hasta basura. Había también maleza, arbustos, matas, y árboles de todos los tamaños, pero fue uno el que nos llamó de inmediato la atención.

Gustavo fue el primero en verlo y nos llamó a todos, cuando llegamos hasta allí vimos que el árbol estaba poblado de naranjas maduras, provocativas; como esperando el momento en que nos subiéramos a él para tomarlas. De inmediato trepamos, mientras José y el nuevo invitado miraban desde abajo. Luego de una selección minuciosa, lanzábamos desde arriba las naranjas. Lancé una para que

la atrapara mi querido amigo José, mientras Gustavo arrojó con fuerza una naranja que no pudo ser atajada por el inexperto buscador de hojas recién llegado; lo que le valió para que nos riéramos de él y lo regañáramos por dejar "perder" tan preciosa fruta. Seguimos tomando del árbol y lanzando las naranjas, a quienes habíamos escogido para atraparlas. Todas las que yo arrojaba fueron atrapadas por José, mientras que algunas de las que lanzaba Gustavo, golpearon a nuestro invitado.

Una vez abajo, escogimos los mejores y por supuesto en nuestro afán por agradar a José, se las ofrecimos; él las tomó feliz, las demás que quedaron las repartimos entre todos y comenzamos a abrirlas presionándolas con los dedos. Sintiendo como los jugos de la cáscara y de la fruta resbalaban entre las manos, empezando por ser partículas de color blanco primero, pasando a ser gotas color blanco-naranja después y convirtiéndose luego en chorros de manchas negras que recorrieron nuestras manos.

Lo disfrutamos como el que más, la sed fue calmada con el mejor de los manjares y José debía estar muy agradecido con nosotros; conmigo por elegirlo a él para arrojarle las naranjas y con Gustavo por regalarle las más grandes y jugosas que resultaron estar entre las pocas que el invitado atrapó. Esa tarde la recordaré siempre de una forma muy especial, pues una vez terminamos de comernos las naranjas, y cuando nos dirigíamos de nuevo a casa; el chico solo atinó a entregarle a José tres hojas: de roble, álamo, y retama y una rama de zarza de sínople.

Fue en el momento en que llegamos a la casa de José y él abrió su cuaderno, cuando aprendí la lección: José abrió su codiciada colección y junto al resumen del día, escribió allí el nombre de Manuel.

Grandes se abrieron mis ojos; pero no tanto como los de Gustavo (que estaban abiertos a la par de su boca). "Si vamos a buscar hojas, vamos es a buscar hojas", nos dijo José mientras cerraba el libro.

Aymer Waldir Zuluaga Miranda
Envigado (Antioquia) - Colombia
Email: puntoaparte@linuxmail.org

Ilustración: Alberto Sautua
Cuba
Miembro Del Taller De Gráfica De La Habana
Albertosautua@Yahoo.Com

MAMA NO TIENE FRIO



En un pueblecito rodeado de montañas vive Mariona, una niña de cinco años muy inteligente. Tiene los ojos verdes que algunas veces cambian de color según el día que hace y la ropa que lleva. Cada mañana, su madre suele peinarla recogiéndole el cabello en forma de cola.

Hoy es un día muy especial. Es el último día de clase y Mariona esta más contenta que de costumbre porque a partir de ahora cambiará de Escuela e irá con los mayores donde también va su hermano Pablo.

Después de vestirse rápidamente, emprende una veloz carrera hacia la cocina entrando sin mirar, suerte que Ana, su mamá, se encontraba sentada al lado de la mesa tomando sus pastillas de las 8h., porque si no seguro que después de la embestida de Mariona cae al suelo. La niña, sin darse cuenta de nada dice:

- Corre mamá... corre que hoy es el último día que voy con los pequeños, vendrá Cristina a buscarme y aun no estaré preparada.

Ana empieza a peinar lentamente a su hija para que pueda ir con su amiga.

Mariona impaciente le pregunta: - Mamá... ¿por qué vas tan despacio cuando me peinas? La mamá de Cristina, termina enseguida.

Era la primera vez que Mariona se daba cuenta de que su mama no era como las otras... y eso no le gustaba.

Cuando se quedó sola, Ana se entristeció pensando qué le diría a Mariona la próxima vez que le preguntara. Hasta ahora, la niña nunca había dicho nada porque cuando ella nació su mamá ya estaba enferma y para Mariona que su mamá fuera despacio era normal, pero a partir de ahora sería diferente, su hija estaba a punto de cumplir los seis años y empezaría el curso en la Escuela de los mayores. Allí si que se darían cuenta de lo que le pasaba... Ana, como casi todas las personas que sufren la Enfermedad de Parkinson desde hace pocos años intenta esconder los síntomas como puede... no le gusta que los demás lo sepan.

Había llegado el día tan esperado por Mariona. El primer día de curso. Ana, sentada en la cocina esperando a Mariona pensaba en las vacaciones pasadas en la playa recordando las veces que Mariona le había dicho:

- Mamá, ¿tienes frío?

- No, hija ¿Porque me lo preguntas?

- Porque siempre estas temblando y todos te miran. ¿No podrías parar un poquito?

Pero cuando le quiso contar porque temblaba tanto, Mariona ya había salido corriendo hacia el agua.

Mientras Ana pensaba en las vacaciones Mariona preparaba sus cosas y era tan feliz que no se dio cuenta de que su madre, se había quedado parada delante de

la puerta abierta del comedor sin poder pasar, la Enfermedad de Parkinson avanzaba y últimamente algunas veces le ocurría que delante de una puerta abierta, sus pies no podían moverse para andar. Este es uno de los síntomas de la enfermedad de Parkinson.

Mariona, solía esperar a que su mamá viniera a recogerla a la salida de clase jugando con sus amigas. Un día oyó a Cristina que decía:

- Por allí viene la mamá de Mariona...

- Es verdad replicó Luis.

- ¿Cómo lo sabéis? Contestó Silvia sin parar de saltar a cuerda.

- Muy sencillo, lo sé porque desde lejos se ve como arrastra el pie, dijo Cristina.

- Pues yo un día vi que entraba en su casa apoyándose en las paredes como hacen los borrachos que salen en las “pelis” de la tele (continuó diciendo Toni).

- Mariona... preguntó Rosa ¿es que tu mamá está enferma?.

Antes de que Mariona pudiera contestar llegó Ana y se fueron.

Cuando se quedaron solas Mariona dijo: - Mamá no quiero que vengas a buscarme, yo ya soy mayor y puedo volver sola a casa...

- ¿Porqué Mariona?...a mí me gusta venir a recogerte...

- Es que mis amigas dicen que tú estas enferma, porque cuando andas tienes la pierna como si fuera de madera y arrastras el pie. ¿No sabes que si no levantas el pie cuando andas puedes caerte?

Ana mirando hacia arriba para que no se le cayeran las lágrimas que llenaban sus ojos dijo: - Si hija, lo se. Ahora que te estas haciendo mayor y ya tienes casi siete años creo que podrás entenderlo... cuando lleguemos a casa te contaré porque voy despacio, a veces tiemblo y otras no puedo andar tan bien como los demás.

- Habla más alto mamá que no te oigo.

-También te contaré porque a veces no me oyes y otras no entiendes lo que te digo.

Ana secándose las lágrimas que ahora ya no podía retener.

Recordaba en ese momento lo que ocurrió días antes cuando fue a buscar a Mariona que regresaba de una excursión, al llegar el autocar una de las primeras en bajar fue Mariona, entonces Ana abrió sus temblorosos brazos para recibirla y darle un beso pero... su hija a la que tanto quería había pasado de largo. Después en casa supo el motivo. Fue porque en aquellos momentos tenía unos fuertes movimientos que para los médicos significa que Ana sufre la Enfermedad de Parkinson, pero para los amigos de Mariona significaba que temblaba porque tenía mucho miedo por haber hecho algo mal o porque tenía mucho frío... pero frío no podía tener porque la temperatura era muy buena.

Al llegar a casa, Ana mirando a su hija pensaba...”Como crece mi pequeña ya parece una mujercita sentada en el sofá...”

- Mamá ven... dice Mariona dando palmadas en el sofá con la mano indicándole que se siente, ven y siéntate a mi lado.

- No Mariona, no puedo sentarme en el sofá porque me costaría mucho levantarme y tu aún no tienes suficiente fuerza para ayudarme.

Tan impaciente como siempre la niña dice:

- Va... mamá... ven y siéntate en una silla que yo he visto que de las sillas si que puedes levantarte.

- Mamá en la Escuela los niños dicen que tú estas enferma y me preguntan que te pasa, pero yo creo que no te pasa nada... Mamá ¿tú estás enferma?.

- Si hija, tienen razón los niños de la Escuela; si que estoy enferma tengo “La enfermedad de Parkinson”.

-¿La enfermedad de que?...¿de un parking?...¿que quieres decir?. Exclama extrañada la niña.

- Quiero decir que la enfermedad que sufro se llama Enfermedad de Parkinson.

- Mamá... ¿esta enfermedad se contagia? Es que Laura no quiere sentarse a mi lado porque dice que tiene miedo de que yo le contagie tus temblores, pero yo no tiemblo... ni entraré nunca más en un parking... no quiero estar temblando siempre como lo haces tú.

Ana, con voz tranquila y acercándose a su hija le dice:

- No Mariona, esta enfermedad no se contagia como una gripe, y mucho menos entrando en un Parking, aunque tenga el nombre de Enfermedad de Parkinson. El Sr. Parkinson es el médico que la describió por primera vez. ¿Recuerdas el otro día que hacías unos deberes sobre las células del cerebro?...pues esta enfermedad hace que algunas de estas células vayan destruyéndose y muriendo.

- Y tú, mamá... ¿también te morirás? dijo muy preocupada Mariona.

- De esta enfermedad no, pero también he de decirte que por ahora no existe ningún remedio que pueda curarla.

- Y todas esas pastillas que te tomas... ¿no son para curarte?... ¿no curan?... entonces... ¿por qué te las tomas? - insiste Mariona.

- Me las tomo para estar mejor, si no las tomara no podría hacer casi nada.

- Y yo... ¿también tendré esta enfermedad cuando sea mayor?

- No hija no... ya te dije que esta enfermedad no se contagia y tú seguramente no la tendrás nunca.

Ahora te contaré cómo puedes reconocer a un enfermo de Parkinson, pero ten en cuenta que cada persona es diferente y la enfermedad no afecta a todas de la misma forma.

Los síntomas más importantes son:

No pueden andar bien.

Tiemblan,

Están rígidos.

Van muy despacito haciendo las cosas.

Pierden el equilibrio.

Cuesta entenderles cuando hablan.

Para un enfermo de Parkinson, es más importante como se siente que como está físicamente, por eso las personas que están cerca de ellos deben colaborar para que se sientan bien, tratándoles con amor, afecto y comprensión.

Autora: Carme Ovejero
Sant Quirze del Vallès
Barcelona –España
mcarmee2@telefonica.net

Ilustración: Carolina Fernández-Vega Charadán
10 años.
CUBA
Escuela Alejandro García Caturla.

COSAS ADULTAS



Siempre me ha asombrado, la sociabilidad de Laura (5 años) con el resto de sus compañeros, así que puede decirse que todos son amigos suyos, aunque siente una verdadera devoción por Ferrán (y Ferrán por ella) que va mucho más allá del simple compañerismo...

Uno de tantos días en que regresábamos de la escuela (siempre juntos) Pili y yo, fuimos testigos casuales de una conversación íntima entre ambos, mientras caminábamos a escasos pasos detrás de ellos.

- Dice Laia que es tu novia- espetó Laura
 - spchsss- soltó Ferrán (4 años) con un ademán entre interesante y desinteresado... -sí- dijo
 - ¿Y yo...?
 - Tú no, no puedes...
- Vimos como Laura dibujaba una mueca y al borde de una lagrimilla mal contenida.
- ¿Por qué yo no...?
 - Porque somos amigos, y los amigos juegan...
 - ¡Ah!, ¿y qué hacen los novios?
 - Pues...como los padres...

En ese momento, Pili y yo nos miramos entre divertidas y espantadas intentando adivinar la barrabasada que podría surgir, y ya preparadas para un merecido sermón, cuando escuchamos la inocente apostilla...

- Se enfadan...

Y continuaron caminando a tres pasos delante nuestro, cogidos de la mano, pero ahora sí, dibujada en la carita de Laura, una dulce sonrisa.

(texto y fotografía)

Carmen Sanjuán Rubio

España

c_sanjuan@autenticapoesia.com

MI SOBRINA Y YO

“Una vuelta manzana sin cruzar”



Ser tía es grandioso.

Mi sobrina Lucila tiene sólo dos añitos, y es una beba con pretensión de “personita”. Aprendió rápido a comprender lo que dicen los adultos, y a la vez a hacerse entender. Habla en una media lengua clarísima, y tiene unos ojitos vivaces que miran al mundo con sumo interés.

Lucila tiene sólo dos añitos, y es mi sol.

Además de ser de la misma familia, también somos vecinas. Ella vive en el piso siete, y yo en el ocho. Para ella, soy “la tía ocho”. Jamás pensé que alguien me iba a llamar así. Y jamás pensé que me iba a sentir tan feliz por eso.

Juntas aprendimos a jugar, a cantar, a pasear. Juntas creamos un lazo maravilloso, teñido de amor. Tenemos largas “conversaciones” por teléfono, en donde ella me cuenta sus cosas, y yo la escucho atentamente. En sus charlas, me cuenta con quién soñó, qué va a almorzar, y me canta una canción. Termina con unos sonoros besos, y yo igual.

Cada tanto, nos hicimos la costumbre de dar una vuelta manzana. Yo le dije “sin cruzar”, para que no vaya corriendo hasta la esquina, y en un descuido cruce y yo me pegue el susto de mi vida. Entonces, quedó instaurada “la vuelta manzana sin cruzar”.

Yo pensaba que era simplemente eso, una vuelta a la manzana. ¡Qué equivocada que estaba! Lucila me llevó de la mano a su “mundo”, y esa vuelta a la manzana se transformó en una hermosa aventura, siempre diferente.

En el piso vamos descubriendo juntas todas las “*tapas de agua*”; yo le enseñé que a veces viene un señor y las arregla. Y ella las contabiliza, pisando todas y cada una. Y no se le escapa ninguna. Tampoco pasa inadvertido cualquier pedacito de “*pastito verde*”.

El frente de una de las casitas por donde pasamos, tiene cerámicos azules con flores. Ella siempre me dice “¡*Aquí están las flores azules...!*”, y las mira como si se tratara de un cuadro.

En la cuadra opuesta a la nuestra, hay unas casas de dos plantas, con escaleras al frente. “*La escalera verde, la escalera negra, y la escalera marrón...*” sentencia Lucila cuando las ve. A veces pasa algún gato habitante de las casas; yo le aviso para que lo mire, y entre el gato y ella surge un romance de miradas... por un ratito, nomás.

Una de las paredes de otra casa es rugosa, tiene piedritas. A Lucila le divierte pasar la mano mientras camina, y me dice “¡*Raspa...!*”, pero no le importa porque igual es divertido.

No hay persona que, cuando al pasar nos encontramos, no le diga alguna frase linda como: “¡Qué rulitos que tiene...!”; “¡Qué nena más bonita...!”; o “¡Qué simpática...!” Ella saluda, y hace el gesto con la mano, como cuando canta la canción: “*Saco una manito, la hago bailar...*”

Si la tarde está despejada, mira para arriba y con ojitos asombrados me dice “*¡Se salió la luna!*”, y con su dedito me indica por dónde.

Cuando pasamos por el kiosco, el chico siempre le da un caramelo. Ella le dice “*gracias*”, y lo saluda abriendo y cerrando la mano.

Al llegar a casa, pasa de largo corriendo, hacia la otra esquina. Mientras, me mira de reojo y se ríe. Sabe que el paseo está por terminar, y no quiere. Y, por supuesto, me convence.

Entonces nos vamos hasta la esquina, y se queda mirando embelesada el semáforo. Es increíble cómo le presta atención a su funcionamiento. Cuando cambia la luz, mira a ver qué hacen los autos, y las personas. Y me pide cruzar, a “*upita*”, o “*de la mano con la tía ocho*”.

Al regresar, siempre le pregunto si quiere venir un rato a jugar a mi casa. Y ella siempre me dice que sí. En casa, miramos fotos, cantamos, y tocamos el “*pianito*”. Y después de un buen rato, me pide: “*Vamos con mamá y papá*”, y la llevo a su casita.

Lucila tiene sólo dos añitos. Y es mi sol.

Cecilia Avalor

Buenos Aires, ARGENTINA

ceciavalle@yahoo.com

Ilustración: Liván Del Amo González, 12 años, 8vo Grado

Taller de Artes Plásticas: “CORAZON”

Municipio: Regla.

Escuela secundaria Mártires de Regla

Asesora: Zomnira Miranda

ipacheco@inder.co.cu

Rebobinando Serpentinhas



Foi um carnaval e tanto, aquele.

Não havia dinheiro, mas sonhos, planos e criatividade, sim.

Meu pai trocara seu automóvel por uma bicicleta e com a sobra do dinheiro abriu uma loja de ferramentas. Porisso, não havia dinheiro para fantasias naquele carnaval.

Mas, minha mãe não se resignou. Desenrolou uma longa corda, cortou-a nas nossas medidas de saia e colocou de molho n'água. Depois, pendurou-as no varal e o peso d'água cuidou de alisar as ondulações

da corda destrançada.

De quando em quando, ela penteava os fios com um grande pente metálico.

De retalhos sobrantes das roupas que fazia para nós, recortou flores. Flores para colares, colares para nossa fantasia. E os fios de corda, então já quase lisos, ela os uniu e costurou em faixas de malha, (para não machucar a pele). Depois, ajustou-os nas medidas das nossas cinturas.

Da corda, fez as saias. Dos retalhos, as flores para colares, pulseiras, tornozeleiras.

Para mim, foi a mais bela das fantasias, tanto que ganhamos o prêmio de criatividade.

Mas antes de irmos para o carnaval no clube, papai e mamãe nos ensinavam novas e antigas músicas de carnaval. E não havia uma, da qual não soubéssemos a letra toda.

Tão bons esses momentos, que não foram, ficaram.

O Escapulário

(caso verídico)



-Vovó, eu quero usar um escapulário.

-É mesmo, João?

-A mãe do meu amigo comprou na igreja. É um cordão de por no pescoço. Tem dois quadrados de pano, um fica no peito e o outro nas costas, pra ter proteção total. Dentro dos dois quadrados tem um fio do manto dum santo importante e que protege a gente até contra o fim do mundo.

- Você acredita mesmo que o mundo vai acabar logo?
- Às vezes acredito, por isso quero ir com você na igreja e comprar escapulário pra família inteira. Vamos, vovó ?
- João, mas você ainda não fez primeira comunhão. Antes é preciso preparar-se, depois vem a confissão, aí vem a primeira comunhão. Assim pode usar escapulário, mas sabendo o que isso significa.
- Tá bom, vovó, eu faço a preparação, a confissão, a primeira comunhão e aí vou comprar o escapulário.

João freqüentou as aulas preparatórias e dando continuidade, foi se confessar.

- Bom dia, meu filho.
- Bom dia, padre.
- Quantos anos você tem?
- Nove anos, padre.
- Que bom, está se preparando para receber Deus, não é, filho?
- É isso mesmo, padre.
- E está feliz por isso?
- Estou feliz, padre, vamos começar?
- Vamos. Você tem uma namoradinha?
- Não.
- Tem paquerado algum menino?
- Não.
- Tem se masturbado?
- Não, padre.
- Você pensa muito em sexo?
- Não.
- Tem amigos gays?
- Não.
- Vê revistas pornográficas com mulheres e homens nus?
- Não.
- Desrespeita pai ou mãe?
- Não.
- Desrespeita professores ou amigos?
- Não.
- Você rouba ou já roubou?
- Não.
- Você maltrata pessoas pobres?
- Não.
- Não tenha medo de contar seus pecados, a confissão é secreta, além de você, eu e Deus, ninguém mais fica sabendo. Percebe?
- Percebo, padre.
- Muito bem meu filho, então você não tem nenhum pecado?

- Tenho sim, padre.
- E qual é esse pecado?
- Eu minto.

Cláudia Pacce
Nueva Zelanda – Brasil
claudiapacce@uol.com.br

Ilustración:
(carnaval) Melissa Santamaria
6 años
Italo-mexicana
yolotl@tiscalinet.it

(escapulario) Rafael Paneca Suárez
10 años
5to grado, Escuela Orlando Pantoja, Alamar
Cuba
paneca@cubarte.cult.cu

MIS HIJAS VEN TV



Mis hijas ven tv, me llaman:
–Vení mamá que salió el presidente-
-Eso no es un presidente, eso es un asesino.
Apago el aparato se desvanece su figura de criminal flaco, seco, con un bigotito de villano aunque todos los villanos son ángeles al lado de él.
Sé que mis hijas son chicas y no debería hablar así.
Corro riesgos al decir la verdad, ellas podrían repetir mis palabras
Los silencios obligados afuera me lastiman la garganta.

Entonces disfruto esta íntima cita donde me muestro.

Otro día estamos en Madrid, hay una manifestación, todos nos sacamos una foto. Mi hija mayor de seis años se aparta. ¿Por qué? le preguntamos -Puede vernos Videla-.

Me alegra comprobar que a pesar de su edad sea pensante, informada y prudente. Me apenan las cicatrices que quedan cuando se tiene que ocultar lo que uno es.

Cristina Villanueva

Argentina

pluma@velocom.com.ar

Ilustración: Antonio Sassu

Italia, Grupo Sinestetico

sassu@grupposinestetico.it

UNA ENSEÑANZA



Como todas las mañanas me introduzco en la alcoba de mi niña para sacarla de la cama, en donde ella esta placidamente dormida y arropada de pies a cabeza. Otra mañana más en donde se repite el mismo ritual de todos los días de clases. El cepillo de dientes, el baño mañanero, vestir el uniforme, peinarla y amarrar sus zapatos. Luego desayuno a la carrera y bulto escolar al

auto junto con ella. Ya en el auto nos ponemos en marcha rumbo al colegio, que quedaba a unos diez minutos de mi casa. Durante el trayecto mi hija Liz Yovely me iba bombardeando con muchas más preguntas de lo usual. Esto debido a la actividad médica que se llevaría a cabo ese día en su colegio. Yo la notaba un tanto nerviosa.

- Mami, ¿ Por qué no te quedas conmigo hoy en el colegio? me preguntó temblándole la voz.

-¿Por qué quieres que me quede? Le pregunte.

-Es que tengo miedo porque los doctores vine hoy al colegio.

-No tienes que tener miedo mi amor, ellos solo vienen a mirarte haber si te encuentras bien y solo te tomarán una muestra de orina.

-¿Y no me van a poner una inyección o sacarme un diente?

-No mi niña solo lo que te dije. Le contesté con cariño para tratar de calmarla ya que sabía del miedo que ella le tenía a los dentistas.

Liz Yovely que es una niña dulce pero muy despierta y curiosa que cursa el primer grado escolar pareció tranquilizarse con mis respuestas.

Ya en la entrada del colegio, se bajó del auto y en sus ojos marrones se notaba un brillo de tranquilidad, rápidamente entró al colegio y fue en busca de sus compañeritos de clases, mientras yo la vía alejarse moviendo su cabello castaño recogido en una cola de caballo y adornado con un gran lazo azul.

Durante el día mientras hacía mis labores domesticas, me preguntaba ¿cómo le habrá comportado mi niña en su examen medico?

Ya en la tarde a la salida del colegio fui a recogerla. La encontré muy animada, y como la curiosidad me consumía tan pronto se subió al auto le pregunté;

-¿Cómo pasaste el día y cómo estuvo el examen médico?

Y ella contestó.

-Muy bien y pude ayudar a mi amiguita Sara en su examen.

Me sorprendió su respuesta por lo de ayudar y le pregunto.

-¿Cómo has ayudado a tu amiguita Sara?

-Luego de que el médico nos chequeó la garganta, el pecho y los ojos nos daban un vaso y nos mandaban de tres en tres al baño para echar Pipí en el vaso.

-Poner orina (la corregí)

-Si orina, (contestó con cierto tono forzado) y prosiguió diciendo, yo fui al baño con María y Sara. En el baño María y yo terminamos rápido en recoger la orina, pero Sara no quería salir del baño y comenzó a llorar.

Yo le pregunte si le dolía la barriga y ella dijo que no. María le pidió que saliera porque ya teníamos que irnos al salón, fue entonces que ella abrió la puerta y nos dijo llorando que no podía hacer pipí y que si llevaba el vaso vacío la maestra la iba a castigar. Entonces yo la ayudé como mi vaso estaba lleno de orina le regalé un poco de mi orina echándola en su vaso, María le dio un poco más y las tres teníamos medio vaso. Sara dejó de llorar, se secó las lagrimas y juntas y contentas regresamos al salón.

Yo aguantando las ganas de reír le pregunto.

-¿Pero, por qué hiciste eso?

Y sonriendo me contesta

- Porque tu siempre me dices que hay que compartir con el que menos tiene y Sara no tenía orina.

A esta respuesta no supe que contestar y permanecí callada.

Moraleja: Siembra una buena semilla en terreno fértil y siempre te dará buen fruto.

Elba Yolanda Ortiz Quiñones

Puerto Rico

eyoq@hotmail.com

Ilustración: Rafael Paneca Suárez

9 años

Cuba

paneca@cubarte.cult.cu

¿Jugamos al doctor?



Te voy a contar un secreto,
¡pero no se lo digas a nadie!
Cuando yo era chiquitita,
jugaba al doctor,
con el nenito de al lado...

A mí me daba vergüenza,
pero él me preguntó si quería,
yo me di la media vuelta,
y le dije... ¿qué harías?
- darte una inyección,
como lo hacen los doctores...
con la mano y palmaditas,
¡¡para que no llores!!

¿Yo?
Apenas me bajé la ropa,
él a mí, no me vio nada,
pero cuando tocó mi turno,
lo que vi no me gustó,
porque el nene de al lado,
¡tenía palomas en su ropa interior!

Esa fue la única vez,
que jugamos al doctor,

nunca más yo lo acepté,
¡el nene tenía olor!
y palomas marrones,
en su ropa interior...

Elsa Fariña
Argentina
elsafari@ciudad.com.ar

Ilustración: Manyi de la Cruz Hinojos
11 años
Puerto Vallarta, Jalisco, México.
ijzi@hotmail.com

Carolina sabe iluminar.



Debió buscarla más temprano para no correr. Llegar a tiempo a la consulta es el reto y el carro de adelante se entenece porque es un “Tur” rentado... igual por eso entra contrario y Eu detrás de él...

El policía es casi un poste en la esquina, pero con ojos. Eu hace que no lo ve y se escurre hasta la esquina más lejana buscando el anonimato. Cierra el auto a pesar de los reclamos de orden del agente, hace que busca documentos que sabe que no tiene, pide tiempo para llevar a Carol a ver a su doctora en la Clínica del frente. Sin licencia de conducción ni circulación del vehículo, tendrá que acompañarlo a la unidad. Eu cree que se hace pis, pero las mamás no hacen eso.

Reclamar justicia y comprensión no da resultado porque cuando acabe la consulta todos para la estación sin “ecusa ni preteto”. Ellas están dispuestas a asumir aunque intuyen que hay otra salida.

La consulta con la Homeópata no se podía perder y se espera todo el tiempo que haga falta con tal de asomarse a los lagos verdes de la doctora Soraya. Ella no inyecta, pregunta como sabiendo la respuesta y escucha. Vale la pena ver las vueltecitas que da la punta de su vara... ella sola, ¿será mágica?

Eu se angustia por lo que sucederá después de la consulta, aún no ha hecho pis y quisiera hacerlo sobre el policía, pero sabe que no debe ser y opta por regalarle el pañuelo que lleva flotando en el cuello. Carol tiene una idea más brillante: la bufanda será larguísima y de luz, lo invadirá con todos los colores del arco iris. El se sentirá menos frustrado. Todo lo que él necesita es amor.

Pasar unas buenas vacaciones en una playa como la del afiche, desierta y soleada, con vela y cocotero. Carol lo pone a correr hacia el mar mientras se quita el uniforme. ¡Es tremendo lo que un par de botas puede sujetarte! Mira cómo va, suelto y sin vacunar, dispuesto a que tomen la medida que quieran con él. En cámara lenta lo hace entrar al agua, Carol, para que lo disfrute. El mar lo estremece, lo conecta y lo acuna; el más perfecto de los abrazos... en fin, el mar. La gorra flotando en la superficie para jugar a ponérsela sin las manos desde abajo a su regreso de los peces de colores.

La consulta con Soraya llena las expectativas y les da sosiego. Casi olvidan el incidente con la autoridad que ya le vuelve a amarrar los intestinos a Eu, pero las mamás siempre están en calma y ella no es menos. Simulan tanto que no les preocupa, que se dan el pequeño lujo de cantar. Y al llegar a la esquina, el policía no está... tal vez allá junto al poste, pero allí tampoco. Ni en la otra esquina, ni en la otra. Desapareció ¡Se lo tragó la tierra!

- O el mar - presente Carol.

Ese día queda marcado. En lo adelante, mientras se camina hacia la autoridad, con los documentos en la mano, se puede sonreír, pues si la niña va, seguro llena el espacio de luz.

Eurídice Charadán

Cuba

eucar@cubarte.cult.cu

Ilustración: Dorka Sofia Hollosi.

Hungría

4 años.

Diente de león



"Tienes que olvidar la casa que al atardecer se iluminaba con el tibio reflejo de lámparas de vientre color uva, de altas paredes donde flores de yeso recibían tu caricia niña, de habitaciones de techos tan altos que albergaban las noches con todas sus estrellas, en las que tus callados muñecos dormían sin soñar fantasmas; debes desprenderte del recuerdo de aquel vestido blanco, como de novia, con el que bajaste por esta escalera aquel día en que la escuela se llenó de duendes y piratas, de monjas y

mariposas, todos con los labios enrojecidos por el licor oculto en los chocolates, has de olvidar hasta tu nombre y la forma de la nube que miró tu madre en la hora de tu nacimiento, soplarás por última vez sobre este diente de león, pues volará tu alma y tu cuerpo al viento como los pétalos de esta flor de aire y lo hará sin miedo, como tú, como nosotros". Estas fueron las palabras que pronunciaron mis hermanos antes de subir conmigo en aquella tabla, un atardecer de marzo, en la que bajamos la escalera a lomos de madera, muertos de risa y miedo, enamorados del vértigo jamás recuperado, sin rompernos los dientes, sin hacernos una herida.

Guadalupe Ángeles Huizard
Guadalajara, Jalisco, México
gpe_angeles@hotmail.com

Ilustración: Ellen Artilles
13 años
Cuba

Cecilia



Cecilia es una niña que parece una conchita de mar, tiene la piel tostada y en el pelo el sol se le cuele a veces dejándole algunos rayos levemente encendidos por unos días, pero como Cecilia es un nombre tan largo en su casa le llaman C.

Pues resulta que a C, no solo el sol le deja encendido el pelo, a C también la Luna que es su abuela predilecta, le ha hecho un gran regalo, y eso solo lo

saben los que mucho la conocen, como yo, que sé, que cuando C me mira lo hace con las estrellas que la Luna le puso en sus ojos el día que nació, para que siempre tuviera luz en la mirada y pudiera ver, aunque todo esté oscuro.

Y como ella parece una conchita de mar, de ellas recibió el don de recogerse y estar callada cuando todos gritan, y de decir cosas sabias cuando nadie sabe y abrir y cerrar sus brazos para abrazar a sus amiguitos del aula. Porque ya Cecilia va a la escuela.

A C, le encanta que su papá la recoja por las tardes en la escuela, pues como ellos no viven juntos entonces pueden pasear, tomarse un helado, ir a algún parque a correr y jugar a la pelota, o al Malecón de la Habana a conversar un rato con los pescadores que allí se sientan.

Una tarde de viernes, llegó el papá de Cecilia a la escuela, pensaban esa tarde ir al teatro que queda al lado del parque a ver los títeres de la Tintalla... y se asombró un poco al ver que la niña no estaba jugando como siempre con los demás niños, se asustó, pensó ... ¿se sentirá mal?, pero su duda se aclaró rápidamente... cuando C lo vio corrió con los brazos abiertos hacia él, y tras un beso y un abrazo a la maestra salió de la escuela en compañía de su papá.

Los ojos de C esa tarde brillaban más que nunca y su papá lo notó enseguida pero no le dio mucha importancia, lo que sí le llamó la atención fue que tenía la niña una estrella más, pero era de color rojo y no estaba en el rostro de C sino puesta en un botón de su blusa escolar.

_ Y esa estrellita roja que tienes en la blusa, ¿quién te la regaló?

_ Nadie me la ha regalado, me la gané en la escuela, respondió orgullosa C

_ Siiiiii, dijo admirado el padre. _ ¿Y a cuántos niños más le dieron estrella?

_ A mí sola me la dieron.

_ ¡Qué orgulloso estoy de mi hija ganadora de estrellas! Dijo el padre y rápido le preguntó:

_ ¿Y qué hay que hacer para que te den la estrella?

Y la respuesta no se hizo esperar, sin pensarlo mucho, se paró en seco y con el índice derecho se tocó el hombro izquierdo y muy seria le dijo:

_ Un botón aquí.

UN CUENTO DE AMY DE HACE MUCHO TIEMPO....



Cuando Amy era una niña chiquita y solo tenía 4 años, llegó una tarde del Círculo Infantil muy emocionada, la seño Martha les había enseñado a cantar el Himno Nacional y les había contado que hacía muchos años un hombre a caballo lo había escrito para regalárselo a La Patria.

En lo que la abuela preparaba la merienda, Amelia, que es el nombre real de Amy, mal entonaba el recién aprendido Himno, y cada vez que encontraba una palabra o frase desconocida le decía a la abuela...

_ Tatá ¿Qué quiere decir *bayameses*?, o...

_ ¿Qué quiere decir *oscontempla*?, o algo así como...

_ Tatá ¿afrenta es la novia de la frente? O cualquier otra inquietud que su joven pensamiento le dictase.

La abuela, que es maestra de profesión, le explicaba, tratando siempre con sus palabras, de esclarecer al máximo las dudas de la niña que una vez obtenida una respuesta ya estaba haciendo la siguiente pregunta.

Esa noche al acostarse, le pregunto a la mamá...

_ Mamá ¿dónde vive *lapatria*?, y para ganar tiempo en la elaboración de la respuesta la madre le respondió con dos preguntas...

_ ¿Cómo que dónde vive La Patria? ¿Por qué me preguntas eso?

Rápidamente Amy le contó lo que le había dicho la seño Martha y que en ese Himno decía *Por lapatria es vivir*, por eso, insistió la niña _ ¿Dónde vive *lapatria*?

Sin poder contener la risa, la madre le explicó que la Patria es el lugar donde uno nace, y que como ella había nacido en Cuba su patria era esa, Cuba, por lo que la Patria vivía en casa de todos y en las playas y los campos y en las flores.

Un tiempo después, venían caminando Amy y su mamá, venían cantando, como era su costumbre para hacer mas corto el camino, si la mamá decía...

_ Yo soy , la niña continuaba..._ *zumo de romerillo*, o la niña decía...

_ *Compre maní tostao* y la madre respondía... _ *compre garapiña*o y así con cuanta canción les pasara por la mente tanto a una como a otra.

De pronto, Amy se para en medio de la acera y señalando con su manita derecha le dice eufórica a la madre...

_ ¡Mamá, mamá, la encontré! ...

_ ¿Qué encontraste Amy? pregunta la madre sin entender nada y mirando en la dirección señalada.

_ La encontré mamá, mírala, mira la casa.



Efectivamente estaban paradas frente a una casa, una casa sencilla con su puerta y su ventana, la niña halaba a su madre hacia el portal y le decía:

_ Es aquí mamá, es aquí, es aquí donde vive *lapatria*.

La madre no salía de su asombro y le preguntó...

_ Pero ¿Cómo lo sabes...?

_No lo ves, respondió la niña en la puerta tienen una bandera cubana.

Hilda Maria Alonso

Cuba

osnola@infomed.sld.cu

Ilustradoras:

Carolina Guillén, 6 años

Brenda Cuesta, 6 años

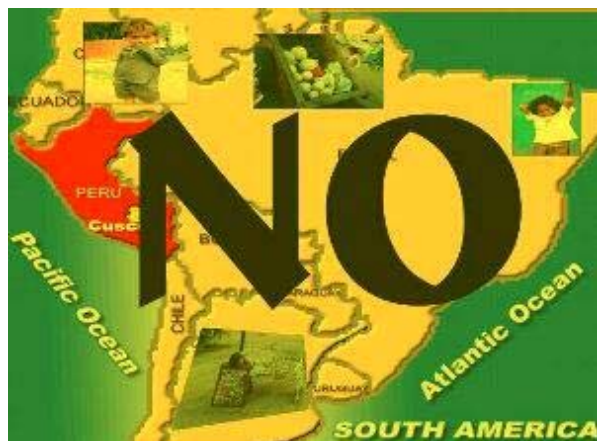
Melissa Balto, 6 años

Escuela Primaria Tomás Romay

Cuba

ideasz@jovenclub.cu

De la guerra... ¿qué podría decir?



Ahora, en mi habitación, interrumpido sólo por una música instrumental...

Donde vivo, los días son tranquilos y la paz es algo tan común como el sol, tan diario, tan necesario. Poco importa lo que digan por ahí.

Desconozco la violencia, esa violencia absurda de la TV; desconozco los fusiles apuntándome a los ojos o el sonido de las bombas al caer, la guerra

es más una historia de otro mundo que algo real, al menos para mí, ¿y por qué no?, para mi generación.

Entre tantas profesiones, soy maestro, y solamente hoy, por mencionar algún día, vi mi cuerpo, a media mañana, rodeado de una decena de niños, abrazándome con todas sus fuerzas y riendo con toda su sonrisa infinita, indefinible, contagiosa y sincera.

Ellos tampoco conocen la guerra, nacieron en este lugar y de armas no saben nada, en su lugar desarman, desnudan la injusticia del mundo con su risa, declaman la paz con solo despertar, derrotan con su felicidad cualquier intento de matar nuestra esperanza... y, por último, conmueven el alma de éste al que abrazan cada día, que en momentos como ahora, cuando le mencionan la guerra, sufre por todos los niños que reprimen su sonrisa o simplemente la olvidaron, o pero aún, la vieron morir.

Quien ama a los niños y los conoce, odia la guerra, porque quien ha sido niño y todavía lleva ese niño consigo, sabe que la guerra es, como dijera El Pequeño Príncipe, sólo un asunto más de los adultos que los niños no hemos logrado entender.

Jose Miguel Rodriguez Ortiz

CUBA

josemiquel@lab.matcom.uh.cu

Ilustración: Horacio Domínguez Delgado

Centro Coordinador Nacional de Trasplante Renal

Instituto de Nefrología

Ciudad de la Habana

hdelgado@infomed.sld.cu

MUCHACHOS DE LOS CANARREOS



A nuestras espaldas las olas del mar se levantan al chocar violentamente con los arrecifes. Es de madrugada. En el horizonte se divisan centenares de luces sobre la superficie de las aguas marinas. Corresponden a las boyas de los palangres y a pequeñas embarcaciones que se encuentran en labores pesqueras. El frío me penetra por todo el cuerpo.

La ciudad duerme, con la excepción de algunos trabajadores que se dirigen a sus labores.

En La Habana del Este, moderna ciudad construida después del triunfo de la Revolución Cubana, sopla una brisa suave y fresca característica de las costas norteñas en estas horas de la madrugada.

La ancha avenida de dos vías —dividida por una hilera de cocoteros— le imprime a esta área una extraordinaria belleza.

El sol comienza a calentarnos. Se corre la noticia de que nos tienen una sorpresa. Hemos concluido la etapa de preparación teórica. El director de la escuela se acerca. Parece que nos va a dirigir la palabra.

—¡Compañeros! ¡Compañeros! Muchachos: el Departamento de Capacitación del Instituto Nacional de la Pesca nos orientó seleccionar a los alumnos con mejores resultados docentes para iniciar las prácticas de marinería en Cayo largo del Sur. Allí van a superarse. Con ustedes también viajarán los profesores de las asignaturas técnicas.

Muchos de nosotros no conocemos de cerca las riquezas y los secretos del mar, aunque nos criamos en la costa. Por eso La noticia penetró con satisfacción en cada uno de los 42 corazones.

—¡Caballero recojan que nos vamos!

La voz recorre las ocho plantas como un rayo de luz.

— Recojan que nos vamos

LA SALIDA

El ómnibus que nos conducirá hasta Batabanó espera por nosotros. En la recepción del edificio 54 se destaca la foto de Carlos Adán Valdés y un almanaque con un buque pesquero donde se marca el día nueve de octubre de 1968.

Las amistades que habíamos hecho en La Habana del Este ahora están alrededor del ómnibus para darnos la despedida. Nos intercambiamos algunos objetos como muestra de cariño.

Partimos hacia Batabanó...

En Batabanó nos enrolamos en dos embarcaciones. Pronto trazaremos rumbo hacia Cayo Largo del Sur. *El Patao* se nombra nuestro barco. Soltamos las amarras y poco a poco alcanzamos al otro barco que ha salido unos minutos antes que el nuestro. Ya entrada la madrugada lo perdemos de vista por la neblina.

Por doquier se pueden observar, con la ayuda de los relámpagos o los potentes reflectores, los puntos oscuros en el horizonte. Son las cayerías. De vez en cuando aparecen las balizas que guían nuestro paso. El casco *del Patao*, pintado de gris y blanco, se desliza por las tranquilas aguas del Golfo de Batabanó. Nuestra embarcación se levanta suavemente para después caer y provocarnos una sensación de mareo.

En popa, algunos tripulantes conversan sobre las fiestas que se desarrollarán en el puerto y en laS que quizás no puedan participar. Me llama la atención lo que expresa unos de los tripulantes

—Bueno, si no podemos disfrutar de las fiestas de Batabanó pues iremos al Festival de la Toronja en la Isla de Pinos.

Ni fiesta ni festivales nos hacen desviar de nuestro propósito: llegar a Cayo Largo del Sur. Poco a poco la tripulación fue a los camarotes y sólo queda en las cubiertas del barco, el timonel de guardia.

Una suave brisa comienza a soplar del norte, no se observa otra embarcación en el mar abierto.

Se efectúa el cambio de guardia en el timón y el marinero saliente se retira para su camarote con la seguridad de no ser molestado hasta la salida del sol. Los huesos los tengo adolorados y calados por el frío de la madrugada. Aún no he dormido y ya el cansancio se apodera de mí.

—¡Caballeros! ¡Miguelón ha caído al agua!—se escucha una voz.

—¿Estás seguro de lo que dices?—se cerciora el patrón del barco.

—Sí, Miguelón estaba acostado aquí encima de esos sacos, al lado mío y sentí cuando cayó al agua.

—¡Utilicen los reflectores! ¡Continúen girando en la misma trayectoria! ¡Preparen los salvavidas! —indica el patrón.

Pronto el reflector alumbra una palizada.

— ¡Ahí está! ¡Miren!— señala un alumno.

Falsa alarma. Es solo una boya.

—Hay que pasar un mensaje al otro barco y a puerto, pero antes volvamos a buscar—ordena el patrón.

Todo es inútil, parece que en ese rumbo no daremos con Miguelón. En los camarotes no queda nadie.

—¡A babor se ve algo moviéndose!.

La voz de alarma viene del timonel. El *Patao* comienza a girar. El patrón toma el timón y detiene la máquina.

— ¡Caballeros! ¡Caballeros! ¡Aquí, aquí estoy!

—Sí, allí está. ¡Aguanta! ¡Aguanta! ¡Allí está!

El reflector se dirige al lugar de donde viene la voz cansada. Ahí está Miguelón luchando contra las olas y nadando desesperadamente. Lanza salvavidas al mar y pronto Miguelón está en cubierta rescatado de las profundas aguas del Golfo de Batabanó en esta oscura madrugada.

CAYO LARGO DEL SUR



Amanece y con el amanecer, aparecen los primeros rayos del sol. Subo al puente de mando por las escalerillas humedecidas. Todos los camarotes están ocupados por la tripulación. Después que Miguelón cayó al agua no pude dormir. El marinero de guardia está firme en el timón.

—¿Que van a hacer en Cayo Largo?

—Vamos a realizar prácticas de marinería.

—¿Prácticas de marinería? ¿Y qué edad tú tienes, muchacho?

—En diciembre cumplo quince años.

—¿Tú no eres de aquí de La Habana ¿verdad?

—No, no, yo soy de Santa Cruz del Sur, allá en Camagüey.

—Te doy un voto de confianza. Toma el timón y sigue ese mismo rumbo.

Guíate por aquellos cayos.

El marinero me habla de su vida en el mar.

—Yo me crié en la mar. Esto representa mi propia vida. Aquí en mi barco paso la mayor parte del tiempo.

Para disgusto mío al poco rato, el marinero toma nuevamente el timón y cambia de rumbo. Navegamos ahora un poco más al este.

—Muchacho, las profundidades del mar alrededor de estas cayerías tienen desde media braza hasta unas trece o más. Las corrientes del Mar Caribe, en los laberintos, han formado canalizos blancos. Sus fondos se ven con facilidad desde cualquier embarcación, porque toda el agua de los Canarreos es así: transparente.

Durante toda la mañana nos siguen el rumbo los delfines. Es temprano. El timonel señala hacia el horizonte un punto oscuro y poco visible por la distancia que nos separa de él.

—¿Puedes ver aquel cayo?

—Sí.

—Pues hacia él nos dirigimos. Dentro de dos horas estaremos en Cayo Largo.

Cayo Largo del Sur ya se observa con mayor facilidad. A lo lejos se divisa una inmensa torre. No es tarea fácil navegar por estos canalizos. Iniciamos la maniobra de ataque. Es cerca de la una de la tarde. Para casi todos nosotros este es el primer viaje a través de estos mares. El canalizo parece que se pierde en el horizonte. Algunas ramas de mangle rojo son arrastradas de sur a norte. La máquina del Cárdena ronronea fuertemente. El timonel pone la marcha atrás y la banda de estribor topa en el muelle de madera y troncos de yuraguana.

—¿Pero qué es esto!?

Cayo Largo del Sur es la zona más hermosa de los Canarreos y de todos los cayos e islotes del norte y sur de Cuba. Tiene 38 kilómetro cuadrados y 27 de largo, de los cuales 25 son de playas. El compás del *Patao* ubica a Cayo Largo a veintiún grados y 40 minutos de latitud oeste. Las edificaciones aquí tienen una identidad muy específica y diferentes a las del resto de nuestro país, aunque es una muestra de arquitectura cubana.

Al cayo arriba una embarcación. Faltan tres tripulantes. Todos queremos ir aunque desconocemos las reglas y los peligros que nos esperan. Se decide en reunión que Gusberto Alvarez, Orlando Cruz y yo seremos los nuevos tripulantes del barco bonitero 79, construido curiosamente en mi pueblo natal ¡Santa Cruz del Sur! Preparamos las condiciones y pronto formamos parte de la tripulación.

Un atardecer soltamos las amarras y despegamos del muelle trazando rumbo hacia Isla de Pinos, situada a 62 millas del Cayo Largo del Sur. Conversando con el patrón del barco me entero que fue compañero de mi padre allá en La Coloma.

—¿Así que tú eres hijo de Manuel? ¡Alabado sea Dios! ¡Mira que encontrarme con este muchacho aquí...! ¿Y qué estudias, a ver?

—Por el momento marinería...

—¡Ah, esa es buena muchacho! Alguien tiene que hacerse cargo del trabajo porque ya nosotros estamos viejos. ¿Así que quieres ser marinero? ¡Ah, el trabajo es duro! Claro que ustedes serán marineros *leídos y escritos*... Si tú supieras lo que nos costaba a nosotros poder ir a la escuela ¡Morirse de hambre! Además en aquellos tiempos para pescar no era necesario saber leer ni escribir. Ahora por lo menos pongo mi nombre y dos apellidos y leo las cartas de navegación. Bueno eso de las cartas no sé si las sé leer o de tanto utilizarlas ya me las conozco como la palma de mi mano.

—Pero ustedes son muy importantes, sin ustedes nosotros no podríamos ser marineros.

Un trueno seguido de la luz de un relámpago interrumpe la conversación.

En el caramanchel de popa está el reloj. Marca las tres de la madrugada. Gracias a la luz dejada por los relámpagos observamos las montañas de Isla de Pinos. Hay mucha niebla y con algunas dificultades entramos al río Las Casas,

en Nueva Gerona. Un guarda fronteras nos indica con una linterna para que lancemos el cabo. El combatiente realiza la inspección. Nos despedimos de él y continuamos río abajo.

A estribor se encuentran unas vallas que reflejan en letras grandes y legibles: BIENVENIDOS A MI ISLA, TU ISLA, LA ISLA DE LA JUVENTUD. El patrón piensa en alta voz.

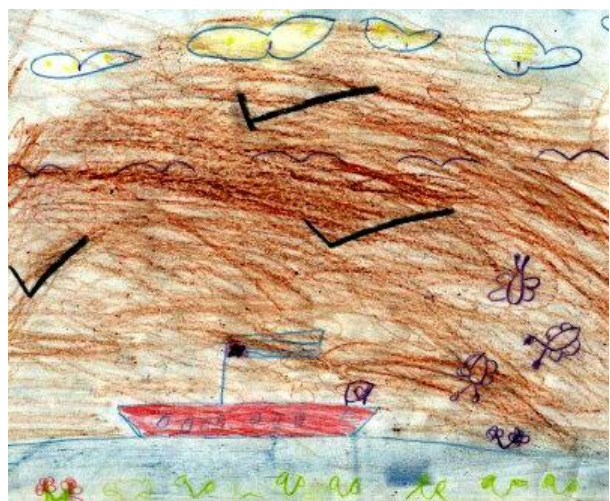
—Eso sólo es una consigna. Esto nunca será una isla joven.

Fausto, el cocinero, entre sueños, responde al patrón:

—¿Quién sabe?

Se tapa nuevamente con la sábana y todo queda como en un sueño.

ENTRE LA VIDA Y LA MUERTE



La noche está sobre nosotros. Terminamos temprano de matar nuestra carga.

El Galleguito sintoniza la radio para escuchar *Nocturno*. A las doce de la noche nadie queda en la cubierta.

Amanece. Todo está listo para zarpar. Para capturar la manjúa navegamos rumbo al Este. Dicha especie No está muy abundante en la zona. Decidimos cambiar el rumbo.

El tiempo está un poco malo. Fausto el cocinero, prepara el almuerzo y a la vez me explica:

—La pesca de la manjúa es lo fundamental pa' la. captura del bonito. Si no coges manjúa no agarras bonito.

La tripulación se lanza en busca de la manjúa. Una hora más tarde regresa el patrón para recoger la jaula y el chapingorro. Me invita a participar en la pesquería. Pegados a la cayerías calamos el chinchorro y acoplamos la jaula. Comenzamos a acopiar. Pronto toda la especie está en la jaula y el barco se aproxima.

Una brisa fuerte sopla del sudoeste. Es casi media mañana. La brújula marca los 180 grados. Salimos de La Pasa del Vapor rumbo al golfo. Las aguas enfurecidas se precipitan sobre la cubierta. El patrón se dirige a mí.

—Oye, becado, córrete hacia el caramanchel. Puedes caer al agua.

Navegamos con marejadas fuertes en proa. Camino tambaleándome con los pies descalzos sobre la cubierta. Un vacío encuentro en mis pies. Ni el mayor esfuerzo físico puede compararse con los efectos de un mareo en alta mar. Logro llegar a mi camarote y quedo profundamente dormido.

La captura de hoy no ha sido muy buena. En espera de la comida la tripulación aprovecha el tiempo libre con un buen partido de dominó. Aún mantengo los efectos del mareo. Me siento como si estuviera entre la vida y la muerte. Benito, el patrón, trata de darme optimismo.

—No te preocupes, muchacho, en una o dos semanas ya te adaptarás, pero tienes que alimentarte, aunque eches las tripas después. Parece mentira que te vuelvas atrás.

—No te preocupes Benito, hasta que no cumpla no regreso al cayo. Además es mejor ahora que después de graduado. ¡No!

—Claro muchacho. Yo confié en ti.

Los vómitos disminuyen. La cabeza deja de dolerme. Vamos una vez más para el golfo. Estamos en el veril y las aguas toman un color azul fuerte. A lo lejos se divisan las gaviotas.

—¡Benito, Benito! ¡A sotavento la mancha!—indica uno de los tripulantes.

La mancha está a nuestra espalda. El Galleguito engoa la mancha. El movimiento es algo peligroso. El patrón realiza constantes giros. Está inquieto.

—¡EL peje está picando y hay que aprovechar la abundancia! —dice el patrón.

Mientras tanto yo guío el barco.

—¡Oye, becado aprende, que te necesito como engoador!

—Cuando quieras, Benito.

Neno, un aprendiz de unos doce años de edad y que forma parte de la tripulación, ocupa mi puesto. El galleguito toma una vara. El mar esta picado. Las olas sobrepasan la cubierta y las aguas salen por los imbornales.

La operación de los hombres es precisa, segura y rápida a pesar de las violentas sacudidas de la embarcación.

Por la popa del barco nos acompaña una mancha de tiburones que de vez en vez atrapa a los bonitos ya capturados. Ahora soy el engoador. Cuando me pego a la banda a echar la manjúa tengo casi todo el cuerpo fuera de la cubierta. Quedo en el aire. Un bandazo del barco me hace perder el equilibrio. Lucho por agarrarme del puntal de la caseta, pero no lo logro. Me golpeo fuertemente el fémur izquierdo y con las astillas de la madera me rasgo el muslo. Una herida. El agua se torna roja. Estoy en el mar violento. Me agarro del neumático que se utiliza de defensa y luego me aferro al puntal. A unos metros de mí, tres tiburones. No tengo casi fuerzas para subir a cubierta.

—¡Muchacho! ¡Agárrate bien!

El patrón muy pálido, tira la vara y agarra un puñal. Troza varios bonitos y los lanza al mar. La mancha de tiburones se precipita sobre ellos. Dos de los tripulantes me agarran por los brazos y me ayudan a subir. Todo ocurre en unos segundos.

Nos sorprende la noche. A pesar del contratiempo logramos una buena pesquería. La cubierta está ensangrentada y llena de bonitos que contorsionan en sus últimas agonías.

Hemos concluido una campaña. Nos trasladamos al Combinado Pesquero de Cayo Largo del Sur. Ya de los mareos NO me acuerdo. Benito me pone las manos sobre los hombros:

—Yo sabía que tú NO me ibas a defraudar. Te considero ya un marinero.

Lázaro David Najarro Pujol

Cuba

lnajarro@enet.cu

Ilustradores:

Alejandro Volta, 6 años

Camila Quiñones, 6 años

José Roig, 6 años

Escuela Primaria Tomás Romay, Cuba

ideas@jovenclub.cu

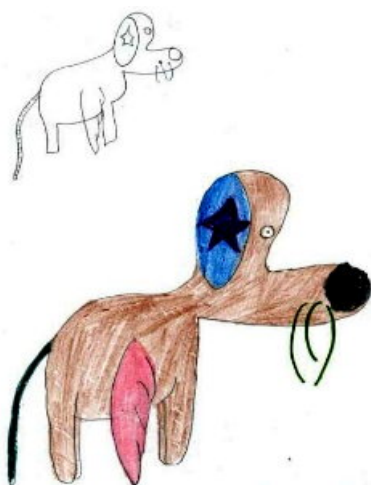
TELEPATÍA



Hace unos años, cuando estudiaba en la secundaria básica en el campo José Artigas, hoy Escuela Internacional de Cine en San Antonio de los Baños, fuimos de excursión al río Ariguanabo. La actividad fue organizada por el profesor de Geografía y también guía de mi grupo de estudio. El premio final era bañarnos en el río. Disfrutábamos de un hermoso día hasta que un compañero decidió incursionar en una parte profunda del río sin percatarse que había un remolino. El agua se lo llevaba y él hacía intentos desesperados por regresar a la orilla. A nuestros gritos el profesor fue en su auxilio. Recuerdo que estaba bañándome y una colega alta, muy bien desarrollada para su edad, se tiró al agua desde un lugar lo suficientemente alto para caerme encima, haciéndome casi perder el conocimiento y comenzar a tragar agua. Los dos casi ahogados fuimos rescatados entre la algarabía de los compañeros de aula.

De regreso el fin de semana a casa, mi mamá me contó un sueño desagradable que había tenido esa semana: **Yo estaba en peligro.**

“DÍA DE PERROS”



Cuando mi hija apenas contaba con 3 años me sucedió algo que nunca he podido olvidar. A veces digo que he sido afortunada al tener sólo una hija porque de haber tenido varias, me hubiera infartado. He de confesar que me sentí culpable aunque me precie de ser una buena madre.

Vivimos en un edificio de apartamentos en un 4to. piso y mi hija Ariadna tenía un perro negro, con mucho pelo, de nombre Lasie. La niña acostumbraba a cargarla y abrazarla como si fuera un muñeco de peluche.

Un día Ariadna y Lasie jugaban en el balcón mirando a otros niños que estaban en los bajos del edificio. Yo estaba haciendo los quehaceres de la casa, pero los vigilaba bien de cerca. De pronto siento una vocecita que me llama:

- ¡Mamá, mamá! Y la voz seguía: ¡mamá, mamá!

Fui a ver que sucedía y veo a la niña con la cabeza metida entre los balaustres de la reja del balcón. Me senté en el piso junto a ella. Intenté no perder la calma

y hablarle con dulzura para que no se asustara y sucediera algo peor. No recuerdo cuánto tiempo estuvimos allí en esa posición, minutos que fueron horas, hasta que escuché una vecina que gritó desde abajo:

- ¡Ayúdenla, la niña tiene la cabeza trabada!

Corrieron en mi ayuda y un hombre, no recuerdo quién, nos ayudó y todo salió bien sin complicaciones.

Ya tarde jugábamos en el piso, no me había recuperado del susto totalmente y le contaba a mi esposo lo sucedido, abrazo a Ariadna, le acaricio el cabello y siento una bolita en su cabeza. Le volví a pasar la mano, pero la bolita no se caía y cuando le reviso era una horrible garrapata.

Han pasado 10 años y sigo sintiendo la misma sensación desagradable de aquel día. Decidimos regalar a Lasie a un cuñado que tiene un patio enorme y le gustan los animales; y la niña ya hoy es una adolescente de la que me enorgullezco, pero de vez en cuando me asusta con sus travesuras.

Leonor De la Rosa Álvarez

Cuba

arileo1991@yahoo.com

Ilustración: Olivia Braulio

7 años

Escuela Tomás Romay

Lisandra Muñoz

13 años

ideas@jovenclub.cu